

Los procesos vitales cruzados en padres y madres adolescentes

María Cristina Maldonado Gómez*
Amparo Micolta León**

Resumen

Este artículo se centra en el estudio de los procesos familiares de las "familias adolescentes" de Cali, Colombia. Se describe lo que ocurre en el hombre y la mujer adolescentes al procrear, con el fin de explicar las vivencias de la paternidad y maternidad, desde el anuncio del embarazo hasta el proceso de crianza. Se explican los procesos de encuentros y desencuentros, manejados por medio de conductas violentas, según género y estrato económico.

Palabras claves: Familia adolescente, familia biológica, familia social, paternidad, maternidad.

Abstract

This paper focuses on the study of familiar processes of "adolescent families" from Cali (one of the four main cities in Colombia). It describes what happens to men and women when they procreate their babies, in order to explain the experience of fatherhood and motherhood from the announcement of pregnancy to the process of bringing up the child. The processes of engagements and conflicts which sometimes are faced with violence, are also explained according to genre and socioeconomic stratum.

Key words: Adolescent family, biological family, social family, paternity, maternity.

Fecha de recepción: Diciembre de 1998

El ser humano inevitablemente nace en una familia, nace de un hombre y de

una mujer, y su identidad la construye en sus relaciones con la familia natural —sea que ésta lo acoja o no— y el grupo familiar que lo protege e introduce en la vida social. Tanto la «familia biológica» como la «familia social» tienen mucha significación en la vida de cada hombre y de cada mujer. Por consiguiente, nos interesa comprender los procesos socia-

* Profesora titular de la Universidad del Valle, MSW en New York University, investigadora en el campo de la familia y la violencia intrafamiliar. (Dirección: Univalle, A.A. 25360, Cali, Colombia).

** Profesora auxiliar de la Universidad del Valle con estudios de postgrado en Docencia Universitaria en la Universidad Javeriana. Trabaja en el área de la familia y en la resolución de conflictos familiares.

les y emocionales que se desarrollan al producirse el inicio de la «familia biológica» formada por una pareja de adolescentes que concibe y tiene un hijo.

Como no es posible investigar todos los procesos familiares y los múltiples tipos de familia que se presentan en cada sociedad y cada época, decidimos centrarnos en la «familia adolescente» de una sociedad urbana y moderna como Cali –Colombia–. Mostraremos que la pareja heterosexual joven que tiene un hijo vive simultáneamente las experiencias de la etapa de la adolescencia; el desprendimiento de la familia de origen, los procesos de la «formación de una pareja»: conocimiento, enamoramiento, noviazgo y convivencia; y presenta cambios al producirse la «conformación del sistema parental». Es decir, describiremos lo que ocurre en el hombre y la mujer adolescente al procrear, con el propósito de explicar las vivencias de la paternidad y la maternidad, desde el anuncio del embarazo hasta el proceso de crianza. Procesos en los que se presentan encuentros y desencuentros en la pareja, que a veces son manejados por medio de conductas violentas, tanto físicas como simbólicas.

A partir de la investigación «Relaciones de pareja, paternidad y maternidad en adolescentes» –realizada con el apoyo de Colciencias y la Universidad del Valle¹–, en este artículo explicaremos

cómo se desarrollan aquellos procesos según género y estrato económico.

LAS FAMILIAS, LAS PAREJAS ADOLESCENTES Y SUS HOGARES

Hoy no podemos hablar de ciclo familiar como la sucesión de etapas en un continuo, sino como un conjunto de *procesos simultáneos y cruzados* que se caracterizan por la ruptura de la pareja y por los retornos al hogar paterno; y por diferentes formas de cohabitación, que reflejan la pluralidad de convenios sobre aspectos emocionales e instrumentales de la relación. En el mundo moderno contemporáneo, las parejas tienen diversas formas de convivencia y arreglos domésticos; modalidades que se diversifican cuando se tiene un hijo indeseado, siendo adolescente escolar o trabajando como subempleado, en medio de la inestabilidad laboral y con baja capacitación.

hombres y 14 mujeres corresponden como pareja. Todos los entrevistados(as) tenían algún tipo de interacción con su pareja(o), con quien tienen un hijo en una relación «especial» como «novios», «amigos», «amigovios» o «esposos». El hijo tenía menos de un año. El promedio de la diferencia de edad entre el hombre y la mujer que forman pareja es de 4 años. De las 37 mujeres entrevistadas, 23 son de estrato bajo, 10 del medio y 4 del alto. De los 17 hombres entrevistados, 11 son de estrato bajo y 6 del medio. Los varones rechazaron más la entrevista que las mujeres. A medida que se asciende en estrato socioeconómico se tienen menos entrevistados(as), porque hay menos casos de parejas adolescentes que engendran. Consideramos, a manera de hipótesis, que esto se debe a que en los(as) adolescentes de estratos altos domina el proyecto educativo sobre las expectativas de «esposidad», «maternidad» y «paternidad» a edad temprana; además, tienen mayor acceso a educación en salud sexual y reproductiva, al control natal y probablemente al aborto.

¹ En la investigación realizamos entrevistas a profundidad. Entrevistamos 37 mujeres entre 14 y 20 años y 17 hombres entre 14 y 24 años, de éstos, 14

Cuando los miembros de la pareja adolescente conciben un hijo no salen del hogar de origen para toda la vida, sino que tienden a «mantenerse» en él: egresan y regresan. Sin embargo, algunas mujeres adolescentes de estrato bajo son lanzadas por el embarazo fuera de su hogar, y quizás para siempre. Observamos que los padres y las madres jóvenes de estrato bajo tienen hogares inestables y fugaces, mientras en el estrato medio y en el alto tanto el padre como la madre adolescente tienden a quedarse en sus respectivos hogares de origen.

Cuando los y las adolescentes conciben un hijo producto de sus relaciones erótico-afectivas experimentan encuentros y desencuentros con su pareja(o), tienen dificultades en lo que respecta al afecto y a su organización como grupo familiar. Esa «familia biológica» que se ve forzada a formar una «familia social» descubre obstáculos tanto en el desarrollo de proyectos colectivos como en la realización de proyectos individuales. Es decir, como hombre y mujer adolescente, el proyecto propio se dificulta; él y ella cargan el peso de haber iniciado una «familia biológica» inesperada, y una «familia social» al tener que atender un recién nacido y asumir responsabilidades de orden social.

De una u otra forma, el proyecto escolar se obstaculiza para todas las adolescentes y también para los jóvenes padres; más para ellas que para ellos. Para algunos(as) adolescentes de los sectores más bajos, el proyecto educativo fue roto previamente a la unión, mien-

tras que en los estratos medios y altos algunas(os) continúan estudiando cuando tienen redes de apoyo familiares, sociales y económicas. Así aparece, entonces, una nueva categoría, «*los(as) adolecentes escolarizados(as) padres y madres*», que organizan su vida formando la «*familia adolescente*». Familia que cohabita en residencia neolocal o cada uno de los miembros de la pareja vive en su hogar de origen. El hijo recién nacido permanece por lo general al lado de la madre adolescente más que del padre.

Cada joven que concibe un hijo se enfrenta a la adultez prematuramente; su inestabilidad y ambigüedad como adolescente se cruzan con los procesos de desprendimiento y lanzamiento de las familias de origen, el conocimiento, enamoramiento, noviazgo, vacilón, crianza y convivencia; procesos en los que se presentan acuerdos y desacuerdos, momentos de conflicto y armonía.

La independencia del hogar de origen o los procesos que hemos llamado *retención y lanzamiento de los hijos por parte de los padres* se presentan en forma distinta según el estrato y el género. La independencia por parte de los adolescentes de estrato bajo está determinada por las necesidades de subsistencia, que los llevan a mantenerse en la residencia de uno de los miembros de la pareja. Preferiblemente, la díada es acogida en el hogar del varón. En cambio, en los estratos medios y altos la adolescente es retenida en su familia, porque recibe ayuda económica y afecto de uno o

ambos padres. En este sentido, cada uno de los miembros de la pareja adolescente vive en su hogar de origen para continuar con el proyecto educativo. En todos los casos, cualquiera que sea su estrato, se presenta inestabilidad residencial ante el cuestionamiento sobre la conformación de un vínculo estable o su rompimiento y la aceptación o no de la formación de un hogar de tres generaciones.

Algunos hombres y mujeres de estrato bajo proceden de hogares violentos, con figuras paternas ausentes y confusas que los llevan a una prematura formación de pareja y al embarazo precoz. Las familias de este estrato ven el embarazo como algo inevitable y natural que facilita la salida del hogar y el paso a la adultez como medio de independizarse de sus padres. Otras parejas, aunque no hayan concebido un hijo, deciden convivir con la aceptación de sus familias de origen, la cual da lugar a lo que podemos llamar «matrimonio adolescente» o «unión libre adolescente». Las consideraciones anteriores pueden ser corroboradas por los siguientes testimonios:

«Yo tenía muchos problemas con mi padrastro. Ya él no me veía como una niña sino como una mujer. Una noche llegó borracho y empezó a manosearme (...) Entonces le comenté a Asmed, y él no agunató. Le comentamos a mi suegra lo que me pasaba, y ella me dio consejos, que me fuera de allá (...) Asmed le había dicho que me apoyara, que quería sacarme de la casa (...) Entonces, me dijo: 'Salgamos a vivir ya, ya'. Yo quedé como

asustada y contenta a la vez. Le dije bueno, pero que mi mamá era el problema. Pero yo empecé a ver que mi mamá lo prefería más a él (padrastro) que a mí (...) Asmed le habló a mi mamá que no aguantaba tanta joda con ese señor, que él no me iba a faltar, me iba a dar todo, no me iba a hacer sufrir. Entonces mi mamá lloraba y dijo: 'Bueno'. Esa noche me fui con él. Mi mamá me dijo: 'Saque su toalla y su pijama y mañana viene por su ropa.' Entonces desde esa noche me fui a vivir con él» (Cecilia, estrato 2).

«Ella le decía: 'Mamá, quiero irme con Richard'. Entonces ella dijo: 'Sí, vaya' (...) Nosotros nos fuimos a ese viaje con mi papá y mi mamá. Entonces fue donde sucedió eso. Cuando ella me contó que estaba embarazada, le dije: 'Voy a hablar con su mamá' (...) Me tocó pues. Fue mejor así. Le dije: 'Su hija está embarazada, pero yo respondo y todo'. Ella no dijo nada; no se enojó. No dijo: '¿Qué? ¡Estos muchachos!' No pasó nada» (Richard, estrato 2).

A medida que se asciende en la estructura social, el «matrimonio adolescente» es considerado inesperado e indeseado, y no es visto como un medio para salir del hogar ni para hacerse adulto(a). El embarazo precoz no genera obligación de convivencia entre los padres, pero sí se espera responsabilidad económica del varón y cuidado del hijo por parte de la mujer.

En las familias de origen de los estratos medio y alto existe la tendencia a proteger al hijo varón aunque éste haya

adquirido responsabilidades adultas como tener un hijo e iniciar una actividad laboral. Los padres crean las condiciones económicas y emocionales para que continúe como hijo adolescente, lo que le impide asumir la paternidad tanto biológica como social. Esto se observa claramente en las palabras de una adolescente:

«En el caso de Carlos es curioso, porque las hermanas y la mamá lo cuidan mucho. No sé por qué será. O sea, al principio la relación estuvo bien y luego se metieron ellas. Dice mi mamá que no me vaya a vivir con él. Más adelante que sí, pero que ahora no, porque le daría muy duro. Y pues en mi casa yo soy la niña, yo he sido la más consentida, la más mimada, y ella ahorita habla más conmigo que con cualquiera. Me ayuda con el niño» (Yénifer, estrato 3).

Y un adolescente manifestó: *«Mamá quiere que siga en mi casa mientras termino la escuela y pueda trabajar» (Carlos, estrato 3).*

CONOCIMIENTO, ENAMORAMIENTO, AMISTAD Y NOVIAZGO

Los acercamientos entre adolescentes del mismo sexo permiten el desarrollo de habilidades para la relación intergeneracional y abren el espacio para que posteriormente se establezcan intercambios sentimentales heterosexuales, en los que se descubre la heterosexualidad y se afirma la identidad. Las actividades realizadas y el tiempo compartido con los pares son el punto de partida para el

aprendizaje de la relación entre hombres y mujeres, la cual es inicialmente de carácter superficial. En estos encuentros, las y los adolescentes entrevistadas(os) conciben el hijo. El conocimiento, la amistad, el enamoramiento y el noviazgo son *procesos simultáneos* al embarazo, o en algunas parejas había ocurrido previamente en un corto lapso de tiempo.

En el estrato bajo, *el conocimiento* de la pareja adolescente se produce en el barrio y en las calles; en los medios altos, en el club, en la finca y en lugares turísticos. Los adolescentes escolarizados, especialmente los de estrato medio y alto, tienen sus primeros encuentros en el colegio. Los lugares de diversión son los principales escenarios de encuentro para los(as) jóvenes de todos los estratos. En pocos días, la pareja pasa del *conocimiento* a la *amistad*, al *vacilón* y de ahí al *noviazgo*, que se caracteriza por una mayor formalidad. Esto queda demostrado en el siguiente testimonio:

«Eso fue como en un paseo, y ahí fue donde empezamos, no como novios sino a vacilar, y ya sí, luego sí, como al mes fue que empezamos como novios. O sea, como que ya iban las cosas más en serio. Yo le dije que ya no quería que siguiéramos vacilando sino que fuéramos novios. Entonces ella dijo que sí, que le gustaba también. Eso fue antes de que ella cumpliera los quince años» (Eduardo, estrato 2).

El enamoramiento es un estado que se presenta sin distinción de estrato socioeconómico y de género. La pareja em-

pieza a vivir la posesión del otro y de éste con respecto a sí mismo(a). Se experimenta la pérdida de autonomía como si no fuera dueño(a) de sí, aparecen las «salidas» con propósitos recreativos, y se interrumpe la cotidianeidad para transportarse a otra realidad y vivir momentos gratificantes, acompañados de «detalles» materiales. Algunos adolescentes escolarizados desplazan el estudio para vivir intensamente el enamoramiento, siendo éste, para la mayoría de los casos, el momento de la iniciación de la actividad sexual y la concepción, en la cual no tiene cabida la racionalidad preventiva. Veamos algunos testimonios:

«Poco a poco nos fuimos conociendo. Me gustaba la forma como me trataba y todo, porque cuando no lo veía me hacía falta, quería verlo a cada ratico (...) Así, no veía la hora de que llegara la noche para verlo. Cuando lo veía me daba alegría» (Diana, estrato 2).

«Mire todo lo que yo me sacrifico por ella, venirme de Bogotá. Si no me hubiera venido me estaría graduando; eso era lo que yo quería (...) Aunque ella no lo crea, yo no tengo a nadie más; yo no soy de esos que andan con otras mujeres; yo la quiero mucho, y ella fue mi primera mujer. Y con todo lo que me ha hecho sigo aquí pegado, no sé por qué» (Rodrigo, estrato 3).

«No habíamos planeado nada, sino que un día fuimos a la casa de unos amigos, luego pasamos por el apartamento de él, nos pusimos a hablar y escuchar música;

estábamos escuchando un disco y pues todo pasó sin querer (...) Esa fue la primera y única vez, y ahí fue que quedé embarazada» (Andrea, estrato 5).

En la adolescencia, la relación de pareja es altamente inestable. Se calcula que la duración promedio es de 4 meses para menores de 20 años (Quirós, 1998). Es un vínculo inestable en la medida en que se está probando la capacidad para seducir, conquistar y dar pruebas de masculinidad o feminidad. *Los acuerdos vinculares* son vagos y cortos, aunque algunos tienen mayor formalidad que otros. De ahí que ellos denominen *vación, amistad y noviazgo* a ese período de acercamiento, de prueba de sentimientos amorosos heterosexuales en vínculos de alianza. En este sentido, el noviazgo no es la antesala para el matrimonio, como tradicionalmente se ha entendido, sino la experimentación de una relación heterosexual significativa que sirve para ganar o perder prestigio ante el grupo de pares, y para desarrollar la independencia y el control con respecto a sus padres. Veamos una ilustración:

«El fue todo dar, porque un día me dijo que estaba enamorado de mí. Nunca se atrevía a decirme nada, y ese día ¡fun! (...) y que quería ser mi novio. Entonces yo dije: 'Ay no, déjeme pensar, porque en mi casa no me dejan arrimar a nadie, y pues para pensar cómo iba a decirle a mi mamita'. Y a los ocho días le dije: 'Ah, está bien, y así, entonces, nos seguimos viendo a escondidas, que mi abuela no se diera cuenta'. Yo no podía tener novio, porque mi abuela estaba pendiente de

nosotras. Iba donde una amiga y ella al momento pues ya estaba ahí (...) y en el colegio si de pronto un vacilón que uno dice por ahí. Ahí me llevé este vacilón y ya» (Yolima, estrato 2).

En las relaciones de pareja adolescente observamos que coexisten formas tradicionales y modernas en lo que respecta a los roles masculinos y femeninos. En cuanto a las primeras, se espera que la mujer se comporte con pudor, recato y modestia, y el hombre sea activo, proponga abiertamente la iniciación de la relación. En cuanto a las segundas, la mujer asume un papel activo que es aceptado por el varón, aunque a veces sea juzgada por el medio donde vive, en el que predomina la visión tradicional. En síntesis, predominan las formas tradicionales, a pesar de los cambios que se han producido en las relaciones entre los géneros en la sociedad moderna contemporánea.

PATERNIDAD Y MATERNIDAD

La maternidad y la paternidad incluyen un conjunto de tareas, expectativas, costumbres, beneficios y actitudes que se espera que la mujer y el hombre expresen y pongan en práctica a partir de la concepción, la gestación, el parto, la crianza y la socialización de los menores. Cada sociedad determina estas formas de expresión y de actuación. Por ejemplo, en la sociedad urbana y moderna se espera que el hombre y la mujer definan cuándo y cuántos hijos desean tener, lo que nos lleva a preguntarnos por la actividad sexual, la planificación fa-

miliar y el control natal en los y las adolescentes.

La actividad sexual ocasional o permanente y la falta de control natal conducen a que las y los adolescentes conciban y se vean forzadas(os) al ejercicio de la paternidad y la maternidad. Pero los roles de género marcan diferencias significativas. Entre éstas observamos que los adolescentes entrevistados tuvieron relaciones sexuales genitales antes de tenerlas con su pareja actual, debido a que los hombres inician la actividad sexual más temprano que las mujeres. La experiencia sexual previa coloca al varón como guía de la mujer inexperta y «virgen», lo cual le da poder en la relación. Para pocos adolescentes hombres y para la mayoría de las mujeres, la concepción se produjo en la iniciación de la sexualidad genital.

Las parejas procrean con la ambivalencia propia de la adolescencia, con poca conciencia de las implicaciones sociales, emocionales y económicas. Para algunos(as), el hijo es «deseado» o «semideseado», y de esta manera se cumple con los propósitos culturales: la virilidad para el hombre y la valoración de la maternidad como proyecto femenino. Para otros(as), el hijo es «indeseado» y lo asumen en medio de la ambigüedad y las diversas presiones del medio social y familiar.

En todos los casos, los(as) jóvenes recibieron información sobre los métodos anticonceptivos, pero no los ponen en práctica por diversas circunstancias,

entre ellas: la falta de conocimiento de su propio cuerpo, la distorsión de la información, la influencia de creencias y mitos sobre la anticoncepción y el miedo a ser censurados por los adultos. Una joven nos ilustró la situación experimentada por las adolescentes de todos los estratos, pero especialmente del medio y el alto:

«Yo empecé a planificar con pastillas, pero como que uno empieza a pensar: 'Debemos cuidarnos, no queremos ser papás'. Pero entonces eso de que cuando uno está en las relaciones le dice al otro, se lo dice como jugando, ¿no? Porque uno más que todo juega: ¿Qué estás tomando? Las pastillas (...) Resulta que yo estaba tomando las pastillas y me empezaron a caer mal, a brotar la cara, y empecé a sentirme como mareada, ¡ay, horrible! Entonces las suspendí un mes y dije: 'Cuando me venga la próxima menstruación me aplico la inyección.' Y ese próximo mes me quedé esperándola» (Elizabeth, estrato 5).

Ante el anuncio del embarazo se producen diferentes reacciones por parte de cada uno de los miembros de la díada; se presentan sentimientos mezclados de felicidad y tristeza. La mujer de estrato bajo y algunas del medio experimentan alegría porque realizan su identidad femenina a través de la maternidad, pero también tristeza, por su condición desfavorable como mujer pobre. El hombre, por su parte, confirma su fertilidad y con el hijo prolonga su existencia. El varón de estrato bajo particularmente considera que debido a

que su vida es muy vulnerable puede perpetuarse a través del hijo.

Todos los varones sienten confusión ante la presión de responder económicamente por la mujer y el hijo. Esto se acentúa más en los estratos bajos, donde son presionados a trabajar por ser padres, pero también han laborado antes de serlo. Así lo contó un adolescente:

«Yo trabajé en Confandi empacando mercados. Ahora el trabajo está difícil, y necesito trabajar para el bebé. Mientras sea un buen futbolista profesional, espero que me salga trabajo de medio tiempo, y el resto a mi fútbol. Ahora, el dinero para mis gastos personales, para el bus y todo eso me lo da mi papá. Cuando tenía 15 años era mejor porque no tenía hijo ni nada, entonces me daban todo lo que yo les pedía: ropa, plata para cine (...) Ahora es muy difícil por lo del niño. A veces me da la plata para el niño pero alegando» (Horacio, estrato 3).

El susto es una reacción que predomina en la pareja de estratos medio y alto, que tiene que soportar su culpa y el reproche de sus padres. Los padres y las madres de los (as) jóvenes tienen respuestas diversas. Las mujeres manifestaron que sus madres reaccionaron con llanto y los padres con silencio, o algunos con violencia; las madres de los hombres, en cambio, suelen expresar menos preocupación por este acontecimiento.

Ante el embarazo de la joven, los proyectos familiares se ven amenazados, lo que agudiza conflictos previos y

genera otros. Se resiente el honor familiar, especialmente en los estratos altos. Leamos el testimonio siguiente:

«Para mi mamá ha sido muy difícil esta situación, porque mi familia ha sido modelo. La gente admiraba nuestra educación. Mi mamá tuvo que ir donde una psicóloga. Es una carga que no es fácil de llevar. A mí me tocó retirarme del colegio, y me metí en lo que me recibieran, en un 'acelerado,' pero mi papá no quiere ver ese colegio. El dice que es un hueco; quería verme graduar en uno que tenga un nombre, que sea de peso (prestigio)» (Victoria, estrato 5).

La interrupción del embarazo es una opción que algunas de las entrevistadas consideraron, pero rechazaron la idea después de haber pasado por procesos de incertidumbre, dolor, ambigüedad, soledad y confusión, enfrentando mensajes en pro y en contra del aborto por parte de su pareja, amigos(as) y parientes. Es por ello que frente a la posibilidad de haber abortado, dos de ellas manifestaron:

«Una amiga me dijo que me conseguía unas pastas, pero uno quiere y no quiere. Yo sentí que si mi mamá se enteraba (del aborto) más rabia me iba a coger». (Lorena, estrato 2).

«Yo no quería tenerlo, estaba indecisa, desesperada, y él me decía: 'No, tengámoslo. Mire eso es pecado, no vamos a hacer eso (aborto)'...» (Gloria, estrato 4).

Los rituales constituyen procesos que ayudan a aceptar la llegada del nuevo miembro de la familia. La «lluvia de bebé» es el ritual más significativo que se presenta en el estrato medio, en algunas parejas del alto y muy poco en el bajo. Es un rito que exalta la maternidad, en el que las mujeres son las protagonistas. Es una forma de aceptar el embarazo indeseado después del rechazo inicial. La ceremonia ayuda a superar el dolor y a liberar las culpas de las madres que no supieron orientar a las hijas, y de las adolescentes por no haber prevenido el embarazo. Los hombres no asisten a este evento, o algunos se involucran parcialmente apoyando a la joven y reconociendo el hijo ante la familia de la pareja.

Los adolescentes de estrato bajo desean que el hijo sea varón, y en esta expectativa son apoyados por las mujeres. Tanto él como ella se refieren al hijo que va a nacer así: «Él quiere niño, pues los dos queremos niño» (Yamileth, estrato 2), y: «Yo quiero más un niño. Si es niña, tocará» (Alirio, estrato 2).

El deseo de un hijo varón no es relevante en los estratos más altos, como lo manifestó esta joven con ambigüedad, producto de la contradicción entre lo que ella pensaba y la presión cultural:

«Pues niño sería bonito. Si es niña también será bienvenida (...) quiero tener una niña. Yo soy la única, porque los demás quieren niño, mi mamá, mis tías y pues mi novio también» (Patricia, estrato 5).

Las(os) jóvenes de los estratos bajos tienen la ilusión de proporcionar al hijo lo que no obtuvieron de sus propios padres.

La mujer comunica así esta idea:

«Yo le dije desde antes de quedar embarazada que el día que fuéramos a tener un hijo lo quisiera mucho, porque a mí me faltó de eso, ese sentimiento de padre» (Yolanda, estrato 2).

Y el hombre dice:

«Primero que todo, quiero darle cariño y que estudie (...) Mi papá fue una sangre, nunca se preocupó. Espero superarme para darle estudio, que no sea como uno, que no sufra. A mí me tocó muy feo. Por ese señor me tocó irme de la casa. Me maltrataba. Era muy duro con mi mamá y a mí me despreciaba» (Luis, estrato 1).

Los adolescentes de estrato medio tienen la ilusión de proporcionar al hijo todo lo que no tuvieron; pero como carecen de recursos, le dan lo que sus condiciones socioeconómicas les permiten. Dada la importancia que se otorga al estudio y a la salud del infante, algunos padres adolescentes restringen sus actividades recreativas para que el hijo pueda tener cuidado médico y goce de buena salud, pero frecuentemente reciben ayuda económica de sus familias de origen.

La crianza es entendida como el conjunto de tareas que los padres realizan

para la protección y la socialización del recién nacido. La crianza es uno de los aspectos más importantes para el desarrollo del ser humano. Este proceso es complejo para los padres y las madres adolescentes, porque ambos son menores y necesitan de adultos que los guíen y protejan.

El proceso de crianza, según lo expresaron los(as) adolescentes, es asumido fundamentalmente por la mujer, en cualquiera de los estratos, y al hombre se le ubica en el rol de proveedor. Esta función considerada masculina es exigida a los padres adolescentes de los sectores más pobres. La mayoría considera, por ejemplo, que *«ser padre es una experiencia muy grande. El que tiene hijos sabe cuál es la responsabilidad que tiene (...) La vida cambia cuando uno es padre. Hay que dar para la comida (...) La mujer debe permanecer en la casa para cuidar a los hijos»* (Bernardo, estrato 2). Además, reproducen en sus respuestas lo que sus parientes les transmiten: *«Un hermano me decía: 'Espérate que tengas un hijo y verás que el problema es cómo responder. Eso es muy duro'»* (Asmed, estrato 2).

Estos padres adolescentes pasan del susto que les produce el anuncio del embarazo a la sorpresa del parto, a la alegría por el nacimiento, a la angustia por la responsabilidad económica en un medio que no les ofrece empleo. Algunos que lo obtienen se dedican en forma excesiva al trabajo; unos, para responder a las necesidades de subsistencia; otros, para evadir los conflictos con su pareja y su familia de origen, y

otros porque dividen tajamente los roles masculinos y femeninos: la mujer en el mundo privado y el hombre en el público; la mujer en las tareas de crianza y cumpliendo con los roles de madre y esposa, y el hombre en el trabajo extradoméstico.

A medida que se asciende en estrato socioeconómico, al padre adolescente, aunque se le pide que desarrolle el rol de proveedor, también se le excusa de su incumplimiento por ser adolescente. En este sector social, sus padres o los de la joven madre cubren las necesidades básicas y proveen los recursos económicos para el mantenimiento de la pareja adolescente y el bebé.

Cuando el adolescente tiene apoyo familiar continúa estudiando y cumple con algunas tareas de la crianza, más de tipo afectivo que instrumental. Las respuestas afectivas del joven se producen cuando la pareja mantiene una relación afectuosa y las familias de origen han aceptado el vínculo y la nueva descendencia.

Las adolescentes de estrato bajo confesaron que la crianza es un proceso doloroso y difícil. La maternidad se asocia con sufrimiento, aunque para ellas sea el único medio para ser reconocidas como mujeres. Es una etapa difícil porque simultáneamente tienen que iniciar dos roles: el de esposa y madre, y si viven con la familia de origen del parejo, paralelamente deben enfrentar nuevas relaciones de parentesco con la suegra, el suegro, los(as) cuñados(as) y sobri-

nos(as), y se les presentan conflictos en la definición de quién y cómo se ejerce el dominio de los espacios domésticos.

En el estrato bajo domina la idea de que la mujer debe ser «ama de casa» y la única que debe cuidar al recién nacido, pero cuando la madre continúa estudiando —en el estrato bajo y especialmente en el medio y en el alto— se genera un proceso de coparticipación de otras personas en la crianza. En el bajo, las abuelas y bisabuelas son las que se encargan principalmente del cuidado del bebé; en el medio, las abuelas, tías y el padre adolescente, y en el alto, las empleadas domésticas. En consecuencia, se genera una nueva categoría: las «*madres escolares*», que enfrentan dobles jornadas, como escolares y como madres. Ellas tienen que asumir responsabilidades adultas siendo niñas, como disminuir sus actividades personales y extradomésticas, organizar el tiempo, limitar los encuentros con el parejo al aumentar el tiempo dedicado al bebé, especialmente cuando la pareja no cuenta con recursos económicos y redes de apoyo familiar. Esta evidencia fue expresada por una joven de la siguiente manera:

«El niño se levanta a las cinco de la mañana, le doy el tetero y se queda dormido. Entonces me levanto a estudiar. Ahora me levanto más temprano porque tengo que dejar todo hecho para cuando llegue él (el parejo) a almorzar» (Angélica, estrato 2).

También para las adolescentes del

estrato medio y del alto la maternidad es conflictiva y dolorosa, ya no por las condiciones de pobreza y la necesidad de responsabilizarse de las necesidades básicas del hijo, sino porque el proyecto escolar ya no puede ser tan intenso como lo había sido cuando era únicamente estudiante e hija protegida. Además, porque continúa como hija dependiente de sus padres; una niña protegida, controlada y guiada por ellos.

Los pocos padres adolescentes que participan en la crianza de su hijo sólo se dedican a vigilarlo, a jugar con él y a darle la comida. También realizan tareas domésticas en función del bebé, pero en el espacio público, como llevarlo al médico y comprarle los alimentos o la medicina. Cambiar los pañales y preparar los alimentos son consideradas labores femeninas. Los «nuevos padres afectuosos» tienen temor a debilitar su identidad masculina al realizar tareas tradicionalmente asignadas a la mujer.

LA VIDA EN PAREJA Y SUS CONFLICTOS

Los conflictos de la pareja que se producen en la etapa de crianza se agudizan debido a que cada uno tiene que acomodarse a sus dos nuevos roles, como padres y como pareja, ya sea conyugal o como padres separados. Unido a ello tienen que asumir la adultez, lo que es más difícil para el hombre que para la mujer. Esta, al ser madre, se transforma en adulta, mientras que el adolescente padre no se convierte necesariamente en adulto. Algunos siguen siendo hijos

protegidos por sus padres y no asumen la paternidad como responsabilidad, porque el contacto con el hijo es mayor por parte de la mujer que del hombre, y porque las costumbres y los mitos siguen reforzando la tarea del cuidado del hijo a la madre y a las mujeres en general. Un adolescente manifestó: «Lo llevo a pasear y si voy a jugar fútbol, la mamá se queda con él o con mis hermanas» (Héctor, estrato 3).

El hecho de que el joven padre no asuma su responsabilidad en las tareas de crianza del niño, lo convierte en un padre periférico y se mantiene en su papel de adolescente. Es decir, él tiene posibilidades de continuar con la diversión juvenil y las relaciones con el grupo de pares, mientras que ella se centra en el hogar y se une a otras mujeres madres, y se ve obligada a desplazar la diversión y las amistades. Esto sucede especialmente en las mujeres de estratos medios y bajos, que optan o son obligadas a seguir únicamente el proyecto materno.

Otro conflicto que surge en la crianza tiene relación con la definición de límites con respecto a las abuelas o suegras, quienes guían a la madre adolescente o la excluyen de las labores de crianza.

Respecto a la pareja adolescente no podemos hablar de *convivencia* o cohabitación bajo el mismo techo como un estado estable armónico, sino que la perspectiva de convivencia genera conflictos entre sus miembros, y entre éstos y sus parientes. En el estrato bajo encon-

tramos que las parejas enfrentan situaciones de conflicto por los siguientes motivos, señalados en orden de importancia: los celos y la infidelidad; oposiciones entre la perspectiva del matrimonio o la unión libre; la diferenciación entre roles masculinos y femeninos; las rupturas pasajeras; el mal genio y los malos modales; la influencia y el rechazo de los parientes al parejo(a) y a la relación; el trabajo y los gastos; obstáculos y expectativas de estudio y trabajo; el intercambio con los grupos de pares; la diversión como privilegio del hombre; situaciones especiales como la muerte de una persona significativa para uno o ambos miembros de la pareja, y el consumo de sustancias psicoactivas.

En el estrato medio aparecen como situaciones relevantes: los celos y la infidelidad; la posición frente al matrimonio y la convivencia; la división sexual del trabajo; el mal genio; la distribución de los recursos económicos; las relaciones con los grupos de pares; el desencanto por el cambio de percepción sobre las características del otro que habían suscitado el enamoramiento; la intimidad y la relación sexual; los obstáculos y las expectativas de estudio y trabajo. Por ejemplo, un padre adolescente manifestó: «*Cuando llego del trabajo no puedo salir con mis amigos porque estoy cansado, y además a ella no le gusta*» (Juan, estrato 2). Y otro comentó: «*Ahora con ella es diferente. Yo no sabía que era así. Antes me decía que me quería*» (Libardo, estrato 3).

En el estrato alto, los conflictos se centran en posiciones diferentes sobre

el matrimonio. Este es visto como «*algo horrible; no se puede hacer lo que se quiere*» (Juliana, estrato 5). Y también se presenta confusión frente a la convivencia, los roles masculinos y femeninos, la crianza y los celos por infidelidad.

Los padres y madres adolescentes con vínculos de pareja inestables o semiestables enfrentan conflictos que los y las desestabilizan tanto en el área socioeconómica como emocional. En los procesos que hemos analizado, la mujer y el hombre adolescente manejan los conflictos principalmente por medio del silencio y el aislamiento, como también con el diálogo, en el que en algunos casos se manifiesta la violencia simbólica y psíquica; en otros se identificaron brotes de violencia física.

Consideramos que en la medida en que los y las adolescentes reciban apoyo de la familia, la escuela, los pares y el sistema de salud, la violencia física entre la pareja y de los(as) adolescentes hacia el hijo se reducirá, y los tres miembros de la «nueva familia adolescente» podrán continuar su crecimiento con diferentes acuerdos sobre la organización de la vida doméstica y la conformación del hogar.

Bibliografía

AGUIRRE BAZTAN, Angel. *Psicología de la adolescencia*. México, Ediciones Alfaomega Marcombo, 1996.

ARANGO GAVIRIA, Luz Gabriela. *Socialización, adolescencia e identidad de género en sectores populares urbanos*. Informe final de investigación. Proyecto Colcultura -Icetex- Pro-

grama de becas Francisco de Paula Santander (inédito). Bogotá, 1991.

BADINTER, Elisabeth. *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal, siglo XVII al XX*. Barcelona, Editorial Paidós, 1991.

CAJIAO RESTREPO, Francisco. *La piel del alma*. México, Ediciones Alfaomega Marcombo, 1996.

—. «La adolescencia en el universo de las edades de la vida». En PROYECTO ATLÁNTIDA. *Adolescencia y escuela. La cultura fracturada*. Tomo 1. Fundación FES-COLCIENCIAS. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997.

DESCHAMPS, Jean-Pierre. *Embarazo y maternidad en la adolescencia*. Barcelona, Editorial Herder, 1979.

DÍAZ, Carmen Lucía y LÓPEZ, Yolanda. «Tras las huellas del amor». En revista EN OTRAS PALABRAS No. 3. *Mujeres, amores y desamores*. Publicación especializada del Grupo mujer y sociedad de la Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la mujer de Bogotá y la Fundación Promujer. Santafé de Bogotá, 1997.

JAUREGUI, María Luisa y SCHEARTZ, Elisabeth. «Maternidad temprana, pobreza y educación». Ponencia presentada en el taller sobre embarazo adolescente. Oficina regional UNICEF para América Latina y el Caribe. Kingston, 1997.

MALDONADO GÓMEZ, María Cristina y MICOLTA LEÓN, Amparo. «Conflicto y relaciones de pareja en padres adolescentes». Ponencia presentada en el 9º Congreso de Trabajo Social. Paipa, 1997.

—. *Relaciones de pareja, maternidad y paternidad en adolescentes*. Informe final de investigación (inédito). Santiago de Cali, 1998.

OMS-OPS. *Fecundidad en la adolescencia: Causas, rasgos y opciones*. OMS-OPS, 1998.

ORTEGA, Félix. *El mito de la modernización: Las paradojas del cambio social*. Barcelona, Antropos, Editorial del Hombre, 1994.

PRADA, Elena; SINGH, Súsheel; WULF, Deidre. *Adolescentes de hoy, padres del mañana: Colombia*. New York, The Alan Guttmacher Institute, 1988.

PROFAMILIA. *Conocimientos, actitudes y comportamiento sexual de los adolescentes, 1993-1994. Compilación de resultados*. Santafé de Bogotá, Printex Impresores Ltda., 1995.

—. *Encuesta nacional de demografía y salud 1995*. PROFAMILIA-Macro Internacional Inc. Calverton, Maryland, USA, Santafé de Bogotá, 1995.

QUIRÓS ARANGO, Margarita Inés. «La promoción del buen trato a los menores en Colombia. Lineamientos para la formulación de una política pública». Ponencia presentada en el II Congreso Latinoamericano de Familia siglo XXI. Medellín, 1998.

THOMAS, Florence. «Maternidad y gestación de vida: Su problematización al final del siglo». En revista en OTRAS PALABRAS No. 1. *Mujeres, salud y sociedad*. Publicación especializada del Grupo mujer y sociedad de la Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la mujer de Bogotá y la Fundación Promujer. Santafé de Bogotá, 1996.